

Décimo noveno Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Jn 6,41-51

Tras haberles saciado el hambre multiplicando el pan y haberles, después, recriminado que volvieran a buscarlo sólo porque andaban en búsqueda de pequeños prodigios, Jesús se presenta ante amigos y extraños, para sorpresa de todos, como el verdadero milagro: *yo soy el pan bajado del cielo*. A sus primeros oyentes semejante identificación tuvo que resultar excesiva: por más reciente que tuvieran la multiplicación del pan, y aunque no pudieran olvidar que Jesús alimentó una muchedumbre, no podían creerse que el inesperado donante fuera también el don más anhelado. Una cosa es procurar el pan, aunque sea de forma prodigiosa, a una muchedumbre hambrienta y otra, bien distinta, es presentarse uno mismo como alimento divino. Lo peor es que la incredulidad que se les sobrevino sigue anidada en el corazón de sus fieles hoy.

En aquel tiempo, ⁴¹los judíos criticaban a Jesús porque había dicho: «Yo soy el pan bajado del cielo», ⁴²y decían:

«¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo dice ahora que ha bajado del cielo?»

⁴³Jesús tomó la palabra y les dijo:

«No critiquéis. ⁴⁴Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me ha enviado. Y yo lo resucitaré el último día.

⁴⁵Está escrito en los profetas: "Serán todos discípulos de Dios." Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende viene a mí. ⁴⁶No es que nadie haya visto al Padre, a no ser el que procede de Dios: ése ha visto al Padre. ⁴⁷Os lo aseguro: el que cree tiene vida eterna. ⁴⁸Yo soy el pan de la vida. ⁴⁹Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron: ⁵⁰éste es el pan que baja del cielo, para que el hombre coma de él y no muera. ⁵¹Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Intentando responder a la incomprensión de sus oyentes, basada en el conocimiento de los orígenes de Jesús, este avanza su revelación. Por vez primera, se recurre a la fórmula yo soy (Jn 6,41.48.51), análoga a las que el mismo Dios, en el AT, utiliza para aludir a su voluntad salvífica (cf. Ex 15,26; Sal 35,3). En su persona concreta se satisfacen las necesidades más vitales del hombre: es el pan de vida (Jn 6,35.48). Semejante identificación es el verdadero milagro realizado por Jesús; la multiplicación de los panes, que la ha precedido, no fue más que el signo; quien pudo acallar el hambre de la multitud es, en persona, la vida, la existencia sin fin.

Lo que la gente ve en Jesús le impide creer en él. De nuevo la resistencia a creer, verdadera murmuración contra Dios, parte de un malentendido: no se puede arrogar orígenes superiores aquel de quien se conoce patria y padre (Jn 6,42). Es más que comprensible que se extrañen de que un conocido, el *hijo de José*, se les presente como *bajado del cielo*.

Jesús conoce la objeción no expresada (Jn 6,43) e sugiere, incluso, la causa de su incredulidad (6,44-47). Y lo hace con sutil ironía: verdaderamente lo conocen, pero no lo pueden reconocer porque no se les ha concedido. Sus objeciones confirman que Dios no los ha conducido hasta él; su incredulidad anuncia que no serán resucitados (Jn 6,43). Sólo a quien Dios atrae, camina hacia Jesús; de ahí que quien se acerca a él, deba saberse movido y motivado por Dios: su movimiento hacia Jesús han sido iniciado por Dios, por eso quien acepta a Jesús es un 'iniciado' de Dios, su discípulo.

Y es que, apoyándose en Is 54,13 (Jn 6,45), Jesús afirma lo que creía la comunidad cristiana: quien es dócil con Dios termina por descubrir a quien por Él fue enviado: ponerse a escuchar a Dios conduce a Cristo. Aprende de Dios, en su escuela, quien llega hasta Cristo; no hay fe cristiana sin docilidad al Padre.

Para creer en el Enviado es innecesaria, por imposible, una previa experiencia visual de Dios. La mediación del Padre la tiene en exclusiva quien estuvo con él desde el principio: solo quien procede de Dios lo ha visto (Jn 6,46). Con una solemne declaración se introduce lapidariamente la afirmación de que la fe, sin objeto definido aquí, logra la vida (Jn 6,47): creer es la condición para vivir eternamente. El contexto sugiere que esa fe ha de ser entendida como adhesión al que nos es enviado por el Dios, quien se llama pan de vida, bajado del cielo (Jn 6,35.48).

La declaración de ser pan de vida, en apariencia repetida innecesariamente, abre un nuevo desarrollo (Jn 6,49). El maná del desierto que no salvó de la muerte y el pan del cielo que salva a quien lo come, introducen el motivo nuevo: el pan de vida es pan para comer (Jn 6,51), más aún, ese pan es carne de Jesús (Jn 6,52); mejor, una nueva revelación, y con clara fórmula sacramental: *carne que yo daré por la vida del mundo* (Jn 6,51). En Juan carne es la forma de presencia del Logos en el mundo (Jn 1,14): la encarnación tiene, pues, un objetivo, ahora desvelado: la redención por la muerte. Y la manifestación de Dios, una tarea: dar la propia existencia para que el mundo viva. Y es que Jesús dará a conocer a Dios cuando dé la vida por el mundo.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

qué significa ser atraído por el Padre sino aprender del Padre? ¿Y qué el aprender del Padre sino oír al Padre? ¿Qué es oír al Padre sino oír la palabra del Padre, es decir a mí mismo?... No penséis en vuestro interior: Pero si nunca hemos visto al Padre, ¿cómo hemos podido aprender del Padre?. Oíd de mi misma boca... Yo conozco al Padre y yo procedo de él, pero como procede la palabra de aquel de quien es palabra, y no la palabra que suena y desaparece, sino la que permanece con el que la pronuncia y atrae al que escucha” (Agustín, *Tratado 26,9* [665]).

Jesús continúa el discurso que había iniciado tras la multiplicación de los panes. La murmuración que suscitan sus palabras entre sus oyentes le confirma que no han sido llamados por Dios para vincularse a él. Creen conocerlo bien, pero Jesús no los reconoce como suyos; la aceptación de sus palabras es el criterio en el que basa su negación a aceptarlos. Y, paradójicamente, para hacer más difícil la aceptación de sus oyentes agranda su incapacidad: pasa Jesús a identificarse como el alimento de inmortalidad, bajado del cielo. Quien lo acepte como alimento auténtico, se sabrá discípulo en la escuela del mismo Dios; quien no pueda asumir el discurso de Jesús no es discípulo de Dios ni ha sido enviado por el Padre a su Enviado: el discípulo que no se escandaliza de su maestro es regalo de Dios para su Hijo. Discípulo y comensal de Cristo no es quien quiere, sino quien ha sido así querido, ¡y tanto!, por Dios. El cristiano que no acepta lo que Cristo quiere ser para él, cuanto Dios ha querido darle en Cristo, no logrará creer por más que quiera. “No vamos a Cristo corriendo sino creyendo”, decía san Agustín. “No se acerca uno a Cristo por el movimiento del cuerpo, sino por el afecto del corazón... No vayas a creer que eres atraído a pesar tuyo. Al alma la atrae el amor... Dame a uno que ame y sentirá la verdad de lo que digo”.

Hoy nosotros, quizá porque no hemos dejado que Jesús colme nuestra necesidad, no comprendemos la extrañeza que causó Jesús con esas palabras en la gente que lo buscaba; pero es más que lógica: habían acudido en busca de alimento gratuito y abundante y se encontraban con que quien pudo una día procurárselo se ofrecía esta vez a sí mismo como pan; y - lo que es peor - creían conocerlo lo demasiado bien como para no esperar milagros de su parte; sabían sobre él tanto como para no creerse lo que les estaba diciendo: un hombre cuyos padres son conocidos, no puede venir inventándose orígenes insólitos; no proviene del cielo aquél cuyos padres viven en la tierra.

Bien mirada, la dificultad de la gente es algo nuestra: también nosotros creemos conocer tan bien a Jesús que no nos creemos ya todo lo que nos promete; por saber tanto sobre él, se nos está haciendo tan cuesta arriba creerle; debido a nuestra familiaridad con él y su evangelio damos por sabido todo lo que pueda decirnos y por imposible cuanto pueda prometernos; por sernos ya demasiado conocido Jesús ha dejado ya de intrigarnos y hasta de ilusionarnos. Nos creemos que nada nuevo podemos aprender de Jesús, que nada extraordinario puede decirnos; y así hemos dejado de prestarle atención; sin pena ni gloria, estamos perdiéndonos la ocasión de experimentar lo que tanto deseamos y más necesitamos, la satisfacción de nuestras necesidades, sólo porque nos parece imposible que en Jesús tengan solución.

Y cuando nos encontramos con él, si es que lo buscamos, lo tratamos como si fuera un viejo conocido, alguien de quien apenas esperamos sorpresas, a quien no hay que pedir ningún milagro; preocupados como andamos por la vida con cuanto nos falta, no reparamos en lo poco que sabemos de Jesús y lo mucho que aún puede ofrecernos. ¡Y pensar que podríamos vivir lo extraordinario, tomando en serio a Jesús, cogiéndolo por su palabra!: si permitiéramos que Jesús fuera para nosotros lo que se ofrece a ser, pan de vida para nuestras hambres, nos convertiría en personas satisfechas, por más cosas que nos faltaran. De modo tan tonto, nos estamos privando de Jesús sin vernos libres de nuestras privaciones.

Es el mismo Jesús quien nos apunta el motivo: *nadie puede venir a mí si no lo trae el Padre.. Todo el que escucha lo que dice el Padre y aprende, viene a mí.* De nuevo, san Agustín se preguntaba “qué significa ser atraído por el Padre sino aprender del Padre? ¿Y qué el aprender del Padre sino oír al Padre? ¿Qué es oír al Padre sino oír la palabra del Padre”, que es Cristo Jesús. Y es que, en verdad, no basta sentir deficiencias en la vida y sufrir penuria para ir a su encuentro; no va a él quien lo necesita, sino quien es enviado por Dios; no busca a Jesús quien quiere, porque mucho que lo necesite, sino quien es querido por su Padre, que es quien lo encamina hacia él. La gente que fue a Jesús, buscando pan para su hambre, se encontró con un Jesús que se resistió a calmar esa su necesidad, porque estaba pensando en satisfacer otra más profunda y permanente: el hambre de Dios. Y para esa necesidad sólo Jesús es alimento cumplido. Y Dios no nos manda a Jesús, sólo para que calme momentáneamente el hambre de pan; sería como reducirlo a la medida de nuestras carencias. Y para que Dios nos ponga en camino hacia Jesús, no basta con que padezcamos necesidades muy vitales, es necesario que nos pongamos a la escucha de su voluntad: hacernos discípulos de Dios pondría a nuestra alcance el pan que tanto necesitamos; aprender lo que Dios quiera enseñarnos nos descubriría que tenemos en Jesús no ya el pan de hoy, que asegura la subsistencia, sino la vida para siempre.

Hay que dejarse, pues, de creer que lo sabemos todo sobre Jesús, que nada nuevo puede ya descubrirnos; concediendo nuestro tiempo y nuestra atención a cuanto Dios quiera decirnos, contaremos con las atenciones de Jesús hoy y mañana con la vida eterna. Entender esto no es fácil, porque no está en nuestro poder: para ir a Jesús, hay que creer en Dios; para ser atendido por Jesús, hay que prestar atención a Dios. Dejarse conducir por El, nos conducirá sin remedio, pero sin esfuerzo de nuestra parte y a pesar de nuestras carencias, a Jesús: no se puede realmente ir por la vida haciendo de menos a Dios, menospreciando su querer y desconociendo su voluntad, y, al mismo tiempo, anhelando ser tenido en cuenta por Jesús y salvado por él de las propias deficiencias. Los que encuentran en Jesús el pan de vida que es han vivido a la escucha de Dios, en su escuela.

Tenemos aquí, pues, un criterio seguro para dar con la solución a ese enigma, tan común en nuestra vida cristiana: si tanto interés en Jesús decimos tener, por qué no muestra él otro tanto en nosotros; es que, seguramente, andamos buscando en Jesús sólo el apaciguamiento de nuestras necesidades sin querer pagar el precio de su completa satisfacción; buscamos a Jesús porque nos falta algo y cuando alguien nos falta, y nos encontramos solos con nuestras carencias. Si antes de fijarnos en nuestras faltas, escucháramos lo que Dios quiere darnos; si antes de sufrir por cuanto no tenemos todavía, nos pusiéramos a la escucha del Dios que tenemos a disposición; si en vez de prestar atención a lo que aún no somos, cayéramos en la cuenta de lo mucho que somos ya para Dios, encontraríamos a Jesús, y ese encuentro sería una maravillosa experiencia, una buena aventura.

Más que con necesidades que cubrir tenemos que buscar a Jesús con la confianza de encontrar en él más de lo que habríamos sospechado. Para lograrlo necesitamos menos conocimientos y más fe. Lo sabemos bien: la fe y la confianza entre hombres no se pueden imponer por decreto, sólo pueden esperarse por amor; lo que es norma de las relaciones humanas vale también en nuestra relación con Dios; es Jesús quien nos lo ha recordado: *nadie viene a mí si no lo trae mi Padre*: creer que Jesús es la solución a nuestros problemas y entregarse a él con todos nuestros problemas, no es algo que nazca de nuestra necesidad, surge, más bien, de la necesidad que Dios siente de ponernos en las manos de su Hijo. Y ello significa que antes de que nosotros nos pongamos en camino, Jesús ya nos está esperando; antes de que sintamos necesidad, él tiene preparada la solución; antes de que pensemos en él, él está pensando en nosotros; nuestra fe, la opción de seguir a Jesús y quedarse con él, es, pues, reflejo y efecto de la fidelidad que Dios mantiene con nosotros.

Necesario es, con todo, que nos dejemos educar por Dios, que salgamos de nuestras pequeñas preocupaciones y nos ocupemos de lleno en aprender de Él; quien se deja dirigir por Dios en esta vida, descubrirá lo prodigioso que convierte Jesús su vida mortal y tendrá la certeza de obtener una vida sin muertes ni necesidad después. Jesús se ha comprometido a ser el pan no ya de la vida que muere sino sustento de la inmortal: de que lo creamos dependerá que vivamos para siempre. Éste es el prodigio que nos promete hoy: es verdad que no nos salva de nuestras pequeñas necesidades diarias, pero nos ha prometido librarnos de la última penalidad, la muerte definitiva. Levantémonos, pues, de nuestro sueño y de nuestro desaliento, y recuperemos la fuerza de seguir adelante, caminando hacia donde Dios nos está ya esperando: si convertimos a Jesús en alimento, a través de su palabra y de su cuerpo, él se convertirá en nuestra vida, hoy y siempre.